

CUADERNOS DE HISTORIA 26

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE MARZO 2007: 171-186



UN TESTIMONIO SOBRE LA ENTRADA DEL EJÉRCITO CHILENO A LIMA (ENERO, 1881)

*Patricio Ibarra Cifuentes**

RESUMEN: Este documento contiene el testimonio del ciudadano británico Robert Ramsay Sturrock, acerca de los hechos acaecidos en Lima y Ancón durante las batallas de Chorrillos y Miraflores; y en los días previos a la entrada del Ejército chileno a la capital del Perú. Asimismo, entrega una sucinta descripción del lugar de los combates donde se batieron las tropas chilenas y peruanas.

PALABRAS CLAVE: Guerra del Pacífico, ocupación chilena de Lima, testimonios contemporáneos (1881).

ABSTRACT: This document contains the testimony of the British citizen Robert Ramsay Sturrock, about the events happened on Lima and Ancon during the battles of Chorrillos and Miraflores; and in the days before to the entrance of Chilean Army on Peru's capital city. Likewise, gives a short description of battlefield where fought the Chilean and Peruvian troops.

KEY WORDS: War of the Pacific, Chilean occupation of Lima, Contemporary testimony (1881).

Recibido: julio 2006

Aceptado: septiembre 2006

* Licenciado en Historia, Universidad de Chile. Investigador de la Universidad Nacional Andrés Bello. Correo electrónico: patricioibarrac@gmail.com

Introducción

La entrada de las tropas chilenas a Lima, realizada durante los días 17 y 18 de enero de 1881, tras las sucesivas batallas de Chorrillos (primero en la línea de San Juan y posteriormente al interior del propio balneario, producto de la resistencia presentada allí por los restos del ejército peruano) y Miraflores fue, sin duda alguna, uno de los hechos más significativos de la Guerra del Pacífico. A partir de ese momento, terminó el enfrentamiento entre el grueso de las fuerzas regulares de ambos ejércitos y, más importante aún, selló casi definitivamente la suerte del conflicto a favor de Chile, no obstante la penosa guerra de guerrillas posteriormente desatada en la Sierra, que extendió el conflicto por dos años más.

Paralelamente a lo sucedido en las dos encarnizadas batallas que sellaron la suerte de la ciudad virreinal, ocurrieron otros sucesos de importancia, tanto en la propia ciudad de Lima, como en sus alrededores. Mientras se combatía en San Juan y Chorrillos, en la capital del Perú se desataron algunos desórdenes provocados por la continua llegada de numerosos soldados peruanos dispersos y heridos, quienes entregaron noticias confusas respecto de lo acaecido. Sin embargo, con el transcurrir de las horas, la derrota de las tropas peruanas se hizo patente y la incertidumbre de lo que sucedería en el futuro inmediato creció, al tener al ejército invasor casi a las puertas de la metrópoli y al considerar la posibilidad de que en la Ciudad de los Reyes se librara un combate de similares características del ocurrido al interior del balneario de Chorrillos.

Convencidos de que Lima podría convertirse en el escenario de una cruenta batalla y atizados por la falsa idea de que el Ejército chileno no dejaba prisioneros ni respetaba a los civiles, más de 3.000 familias, compuestas mayoritariamente por mujeres y niños, huyeron hacia el puerto de Ancón en busca de refugio o bien se trasladaron hacia el interior del país¹. Quienes llegaron a la localidad costera se vieron obligados a resguardarse en pequeñas e improvisadas viviendas o simplemente a la intemperie, en las playas cercanas. Se les unió, además, una gran cantidad de ciudadanos extranjeros, quienes soportaron las mismas incomodidades sufridas por los nacionales. Una vez concentrados allí, las guarniciones de los buques de guerra británicos,

¹ Rivera Serna, Raúl, "La ocupación chilena de Lima. Aspectos político-administrativos", en *La Guerra del Pacífico*, Vol. I., Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1979, p. 180.

franceses y alemanes surtos en las cercanías del fondeadero velaron por la seguridad de esas personas y les prestaron el máximo de atenciones posibles de ofrecerles con sus limitados recursos. Días después de iniciada la ocupación de Lima, los refugiados regresaron a sus respectivos domicilios, luego de la intervención del Ministro de Guerra chileno José Francisco Vergara quien les tranquilizó y entregó toda clase de garantías respecto de su integridad personal y de sus propiedades².

Uno de los extranjeros presentes en Lima al momento de producirse las batallas de Chorrillos y Miraflores, y que luego marchó hacia Ancón, fue el ciudadano británico Robert Ramsay Sturrock, cuyo testimonio acerca de estos hechos quedó registrado en una carta dirigida a su madre residente en Escocia. Su relato se centró en sus experiencias, tanto de su permanencia en Lima y en Ancón, como en la visita que realizó al campo de batalla días después de terminadas las hostilidades. Por lo tanto, se trata del relato de un observador que, como se infiere del documento a continuación transcrito, debido a las circunstancias, y muy a pesar suyo, se vio envuelto en los sucesos vividos por los civiles, peruanos y extranjeros, durante las angustiosas y confusas jornadas previas a la entrada de las tropas chilenas a la capital del Perú.

El estilo de la misiva es simple. No escatima comentarios críticos e irónicos al evaluar la actuación de las personas que estuvieron a su lado durante su peregrinar por Lima, Ancón, Chorrillos y Miraflores, de los hechos que observó o de la situación general del Perú. No son informaciones emitidas para el conocimiento del público en general, sino dirigidas a su progenitora y, a lo más, al círculo íntimo de su familia y amigos. Con toda seguridad, el autor nunca supuso que su carta sería conservada, traducida al español y luego depositada en el Archivo Nacional de Chile y, mucho menos, previó su publicación. Sturrock escribió una comunicación personal, no un manifiesto político, ni un documento destinado a ensalzar o vilipendiar a alguno de los contendientes.

Muy poco se sabe del personaje³. En su carta no entrega antecedentes de su vida personal, tan solo menciona a su círculo de amigos, y el diálogo que mantuvo con otros extranjeros, tanto residentes en Lima como pertenecientes

² Pascual Ahumada Moreno, *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia*, Vol. IV, Valparaíso: Imprenta del Progreso, 1884-1892, p. 531.

³ No ha sido posible encontrar datos biográficos del señor Sturrock en ninguno de los muchos diccionarios biográficos o enciclopedias consultadas.

a la tripulación de las naves británicas. Sin embargo, del escrito se infiere que tuvo un estrecho contacto, o fue empleado, de la Pacific Steam Navigation Company (P. S. N. C.)⁴. Otra posibilidad es que Sturrock fuera uno de los tantos personeros que desarrollaron sus actividades profesionales en casas comerciales de importaciones y exportaciones, bancos, corredoras de seguros, telégrafos, ferrocarriles u otros rubros, tales como las compañías Gibbs, West Coast of America Telegraph, The Indian Rubber Guta Percha and Works Co., etc.⁵

Los únicos datos respecto del personaje en cuestión, se encuentran en el apéndice de la traducción del documento original, en la cual queda consignado que Sturrock tuvo un hijo de nombre Roland, quien ocupó un alto cargo en Weir, Scott y Compañía de Valparaíso. Roland Sturrock facilitó la misiva al presidente de la recién mencionada compañía, Ladislao Errázuriz, quien la hizo traducir al español.

El único reparo de importancia posible de hacer a las apreciaciones expresadas por Sturrock en su escrito está relacionado con los comentarios relativos al papel jugado por el cuerpo diplomático y por el almirante británico Frederick H. Stirling, y especialmente el almirante francés Abel Bergasse du Petit Thouars, en la supuesta exigencia realizada al Ejército de Chile para impedir desmanes una vez que ingresara a la ciudad. Sus afirmaciones son contradictorias. Si bien menciona que los jefes navales salvaron de una eventual destrucción a Lima, también establece con claridad que la intervención de los comandantes de los buques de guerra neutrales ocurriría solo si las tropas chilenas destruían la propiedad particular de sus compatriotas, razón verdadera de la advertencia realizada por los representantes de las potencias europeas⁶. Probablemente, su juicio fue influenciado por su condición de súbdito de la corona británica y por las conversaciones sostenidas con los tripulantes de las naves y de la delegación inglesa, con las cuales departió tanto en Ancón como en su visita a los campos de batalla de Chorrillos y Miraflores.

⁴ La Pacific Steam Navigation Company fue una de las más importantes empresas de transporte marítimo del Pacífico sur occidental. Para 1881, la compañía vivía una etapa de disminución en sus negocios, pese a que aún poseía 41 naves, con un desplazamiento total de 91.217 toneladas. Wardle, Arthur, *El vapor conquista el Pacífico. Anales de las hazañas marítimas. 1840-1940*, Valparaíso: Imprenta y Litografía Universo, 1940, p. 155.

⁵ Wu Brading, Celia, *Testimonios británicos de la ocupación chilena de Lima (enero de 1881)*, Lima: Editorial Milla Batres, 1986, pp. 7-12.

⁶ Villalobos R., Sergio, *Chile y Perú. La historia que nos une y nos separa 1535-1883*, Santiago: Editorial Universitaria, 2002, pp. 190-193.

Esta narración de un testigo presencial de las alternativas de la Guerra del Pacífico se suma a los relatos y memorias de M. Le León, Theodor B. M. Mason, Charles de Varigny y Albert Davin, entre otros⁷.

El documento en su idioma original, inglés, se encuentra en el Archivo Nacional de Chile, Fondo Varios, volumen 986, entre las fojas 225 y 264, mientras que la traducción al español, reproducida aquí con algunas modificaciones respecto de la ortografía, está ubicada en el mismo lugar entre las fojas 265 y 272.

Carta de Robert Ramsay Sturrock a Catherine Anne Young Sturrock.

Lima, enero 19 de 1881.

Lima, 19 de enero de 1881.

Mi querida Madre:

Celebro poder decir que, encontrándose ahora Lima en poder de los chilenos, este tremendo problema parece estar ya felizmente terminado. El jueves 13 de Enero a las 4 de la mañana comenzó la primera lucha de alguna importancia. Los chilenos atacaron con una gran fuerza, por el centro y también por ambos flancos, la línea peruana que se extendía desde Chorrillos hasta San Juan. Por la derecha, con 4.000 hombres que habían sido desembarcados cerca de Chilca, a 4 millas de Chorrillos, y que fueron conducidos por sobre el cerro a la espalda de Chorrillos. Se tomaron la batería en la cumbre del cerro y estuvieron a punto de capturar al Sr. Piérola y a su Estado Mayor quienes, para poder escapar, se vieron obligados a cabalgar por la playa hasta Barranco. Naturalmente que, por el ruido de los disparos, nosotros supimos esa mañana que el combate había comenzado y, como a las nueve, existía gran excitación en las calles y muchos soldados dispersos, levemente heridos, habían

⁷ Le León, M., *Recuerdos de una Misión en el Ejército Chileno. Batallas de Chorrillos y Miraflores. Con resumen de la Guerra del Pacífico y notas*, Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1969; Mason, Theodor B. M., *Guerra en el Pacífico Sur*, Buenos Aires-Santiago: Editorial Francisco de Aguirre, 1971; Varigny, Charles de, *La Guerra del Pacífico*, Buenos Aires-Santiago: Editorial Francisco de Aguirre, 1971, y Davin, Albert, *Chile y Perú en tiempos de la Guerra del Pacífico*, Santiago: Editorial Planeta, 1992.

llegado ya a esa hora a la ciudad. El tren que arribó de Chorrillos trajo también a muchos heridos, por lo que vimos que la batalla había sido ardorosa. El hijo del último Presidente, llamado Prado, entró a la ciudad proclamando que todo estaba perdido, por cuya información fue inmediatamente aislado y apresado. Un famoso General, llamado Lacotera, incluso trató de hacer una revolución gritando “Muera Piérola. Viva la Constitución” y tuvo que escapar de la turba, refugiándose en la Legación Inglesa. El ruido de los disparos se apagó poco después de las diez y entonces comenzamos a recibir noticias sobre los resultados de la batalla. Nuestra primera información fue que los peruanos habían perdido algunas posiciones, reconquistándolas nuevamente pero solo en la tarde supimos el verdadero estado de la situación. Entonces oímos que los peruanos habían sido derrotados en toda la línea. San Juan y Chorrillos capturados, y que los peruanos, por orden de su jefe, retirados a Miraflores, que se encontraba atrincherado por ambos costados, en una extensión de muchas millas. En realidad, los peruanos no mostraron un espíritu de lucha digno de comentario. La mayor parte de los soldados disparaban sus fusiles al aire y arrancaban, muchos dejaban sus rifles abandonados y además toda su artillería cayó en manos del enemigo. Esa tarde los médicos jóvenes de los buques neutrales, el Dr. Loane del “Shannon” y Ferguson del “Thetis”, llegaron a Lima en un tren especial desde Ancón. Arribaron a la hora de comida al hotel, muy apurados por partir al hospital, donde se les manifestó que no se necesitaban sus servicios esa noche, pero a la mañana siguiente se hicieron cargo de un grupo de hombres. El hospital era un arreglo provisorio hecho en el gran edificio donde se celebró la Exposición hace algunos años y resultó de lo más adecuado para tal propósito. Yo lo visité con el Dr. Loane en la tarde del Viernes y vi a todos esos desgraciados, la mayor parte de los cuales no estaban, sin embargo, muy heridos, pues a los más graves se les dejó en el campo de batalla o fueron atendidos por la *Cruz Roja*⁸ (Red Cross) del Ejército. El Dr. Loane me dice que la mayoría de las heridas están en la espalda o, por lo menos, comienzan en la espalda, lo que confirma la versión de que se habían arrancado. Es realmente un espectáculo lamentable ver todos esos hombres lastimados que no se encontraban bien atendidos, existiendo una gran necesidad de practicantes y enfermeras. Vi morir a un pobre hombre que había sido gravemente herido y me temo que, desde entonces, un buen número debe haber corrido la misma suerte. El viernes 14 no hubo lucha y ese día los chilenos enviaron a Miraflores, con bandera de parlamento, al Ministro de Guerra peruano Iglesias, que había sido capturado el día anterior. Les dieron a los

⁸ Nota del editor. En español en el original.

peruanos 24 horas para rendirse a fin de que Lima pudiera salvarse, y cuando el Cuerpo Diplomático fue a Miraflores el sábado en la mañana, muchos estaban esperanzados en que el problema podría solucionarse sin nuevo derramamiento de sangre. Entonces era ya evidente que si se producía un nuevo combate, los chilenos no iban a tener dificultades en aplastar a su enemigo el que, probablemente, retrocedería sobre Lima en donde se producirían luchas callejeras que, de haber ocurrido, habrían significado para Lima correr la suerte de Chorrillos y Miraflores, ambas ciudades quemadas hasta sus cimientos. En la mañana del sábado comencé a sentir que era tiempo de abandonar la ciudad y hablé muy seriamente sobre el particular con E. Wells, pero descubrimos que habíamos quedado amarrados por Woodsend, ese individuo ordinario que ha actuado en este asunto de la manera más curiosa. Se las arregló para recibir bajo su cuidado y en su casa a un cierto número de señoras y niños y entonces se marchó a Valparaíso con pocos días de aviso al recibir un telegrama el que, estoy seguro, había sido arreglado anticipadamente. Toda la mañana la pasé maldiciendo a Woodsend porque, debo decirlo, me sentía más bien amilanado, pero sin embargo, resuelto a no abandonar la casa con todas las mujeres adentro. A las dos de la tarde, el teniente abanderado del almirante Stirling, que ha estado en Lima durante todo el tiempo que ha durado este asunto, me contó que las negociaciones de paz habían fracasado y que el Cuerpo Diplomático no había conseguido que el general chileno Baquedano garantizase que la propiedad neutral sería respetada por sus soldados, lo que creo que nadie en sus cabales podría haber esperado que hiciera, y, tomando en consideración la probabilidad de lucha callejera e incendios, y la suerte corrida por Chorrillos, todos nos sentimos inclinados a mandarnos cambiar. Yo entonces volví a la casa y estaba hablando sobre el particular con Reid, cuando Danbury, de Gibbs y Co., nuestro vecino del lado, irrumpió en la casa y nos dijo que evacuáramos a todos inmediatamente y que nos dirigiéramos a la Estación de Ancón a tomar un tren especial. Entre tanto, los 175 refugiados en la casa de Gibbs y Co. ya habían partido a tomar el tren y el combate se iniciaba. Reid y yo inmediatamente pusimos en camino a la Sra. Rey, a sus tres niños y a sus sirvientes, pero el apuro era tan grande que todos tuvimos que partir sin otra cosa que lo que llevábamos puesto. Yo tomé un sobre todo y tuve la precaución de meterme en el bolsillo unos pocos pañuelos limpios, lo que resultó ser de mucha utilidad pues, con excepción de ellos y de mi escobilla de dientes, que también llevé, la ropa puesta era cuanto tenía para mi permanencia en Ancón que, afortunadamente, resultó ser sólo de tres días. La estampida hacia la estación del ferrocarril fue tremenda y la situación y el espectáculo, desagradables, pues todas las mujeres lloraban y aullaban de una manera espantosa, mientras a la bulla general se mezclaba el rugido del cañón que cada minuto se iba poniendo más fuerte y cerrado. El tren partió después de un

retardo considerable, llegando a Ancón cuando se estaba oscureciendo. Todos esperaban poder embarcarse en algún buque pero, la mayor parte de ellos ya habían llenado sus espacios y algunos otros, (el “Shannon” entre ellos) tenían órdenes del Almirante de estar preparados para entrar en acción y listos para hacerse a la mar, fue imposible que pudieran acoger nuevos refugiados. Afortunadamente, Ancón estaba en el estado en que lo encontramos, es decir, con todas las casas desocupadas, pero así y todo, la vida que por tres días llevaron las pobres mujeres, y también la mía, la de Reid y la de cuantos buscaron refugio en Ancón, fue lejos de ser placentera. Debo tratar de describirla. Además de la Sra. Rey; también trajimos a su madre y a sus cuatro hermanas, lo que constituía una espléndida compañía de mujeres. Llegando a Ancón tuvimos la suerte de tomar posesión de una pieza que tenía un catre con colchón, una silla y una mesa chica. Durante tres días esa fue la habitación de ocho mujeres y tres niños. Afortunadamente, al lado afuera de la puerta de la plaza había un pequeño escaño y como aquí el clima es templado, podían estar siempre afuera. El siguiente problema fue la necesidad de platos, cucharas, etc., pues ellas tenían solo uno o dos de estos utensilios. Lo que al comienzo pareció ser serio fue la escasez de provisiones y, si no hubiera sido por el “Shannon” y más tarde por un buque americano y otro italiano, los refugiados se habrían muerto de hambre. El capitán D’Arcy inmediatamente comenzó a enviar en las mañanas, galletas, agua, arroz, carne envasada y chocolate caliente, y fue él mismo quien, de hecho, alimentó a la gente. Yo mismo experimenté la gran generosidad del capitán D’Arcy y sus subalternos, de la siguiente manera: que subí a bordo y obtuve algunas cosas para la Sra. Rey, como leche condensada para los bebés y espontáneamente me regalaron muchos pequeños objetos. Reid volvió a Lima el domingo y regresó con Rey, que había resultado ileso y además con un cordero que tenían en nuestra casa. Envié el cordero al “Shannon”, lo hice matar, cocinar y devolver, de manera que, gracias a mi influencia con el “Shannon”, la familia Rey tuvo algunas comodidades que muy pocas otras podían conseguir, y es por ello que no acierto a comprender su actitud, porque nunca en mi vida me he encontrado con gente peor agradecida. Estaban evidentemente molestos por no haber sido admitidos a bordo, pero no cabe duda de que si los buques los hubieran llenado de gente, permitiendo la aglomeración, habrían estado mucho más incómodos de lo que estuvieron, la gente, en general, se ha mostrado tan mal reconocida que estoy absolutamente desilusionado de la nación peruana y siento decir que esa ingratitude ha sido la causa efectiva de rebajar a Rey en estimación. En combates, el 95% del total, han probado ser tan temerosos y cobardes, que se han constituido en el hazme reír de todos los extranjeros de aquí. La primera noche en Ancón fue espantosa. La Sra. Rey se desmayó dos veces, una a la llegada, y otra a las dos de la mañana, cuando arribó el tren que traía la noticia

de la derrota total de los peruanos. A una de sus hermanas le dieron unos ataques histéricos tan aterrorizantes, que creí que se iba a volver loca. En la mañana del domingo supimos que Calderón, el hermano, estaba perfectamente, y Reid telegrafió en la tarde diciendo que también Rey estaba allí. Quedé muy aliviado cuando en el tren de la tarde llegaron todos: Rey y su hermano (que está comprometido con una de las niñas) y también Reid. Ahora ellas tenían sus propios hombres para que las cuidaran, pero había más provisiones que conseguir. Reid y yo continuamos atendiéndolas, pero no creo que alguna vez obtengamos algún reconocimiento por ello. En lo que a mí respecta, lo único que me molestaba era la noche, durante la cual no podía conciliar el sueño. En la primera noche no hubo posibilidad alguna de dormir y en la segunda, acababa de acostarme en una banca cerca de la playa, cuando Rey llegó corriendo donde mí, como un loco, diciendo que los chilenos habían salido de Lima hacia Ancón en un gran tren. Un burro estúpido había esparcido ese rumor que tuvo como efecto hacer que en sólo diez minutos, todo el mundo se reuniera en la playa, procurando irse a los buques. Hice todo lo posible por convencer a Rey de que se trataba de una tontería, pues había estado toda la tarde en el “Shannon” y sabía que aún los chilenos no entraban a Lima. La verdadera noticia que se había recibido era que muchos desertores peruanos armados venían hacia Ancón, noticia que indujo al capitán D’Arcy a sostener un inmediato Consejo de Guerra con todos los demás capitanes y esa tarde los buques desembarcaron 250 a 300 hombres, entre marineros y soldados de marina, para resguardar el pueblo. El “Shannon” mandó alrededor de 80, perteneciendo a los otros a los buques italianos, americanos, franceses y alemanes. Montgomery comandaba los marineros de su buque, Hawks los soldados de marina, en su calidad de capitán de esa arma, mientras el capitán Mc Kechnie era el comandante en jefe de todas las fuerzas. Inmediatamente después de desembarcar, destacaron centinelas y formaron filas a espaldas del pueblo a fin de detener a cuantos entraban, despojándolos sin más trámite de todas sus armas y municiones. Cuando se aplacó este pánico absurdo, Mc Kechnie retiró todas las tropas y las ubicó en posición alrededor de la estación, a pesar de saber que era una tontería el creer que venían chilenos en camino de Ancón. El tren no llegó sino a las cuatro a. m. Y, después de todo, sólo se componía de un par de vagones en el que viajaba un puñado de soldados peruanos con algunas armas y municiones, parte de las cuales habían enterrado durante el transcurso del viaje y las que quedaban las arrojaron al mar las tropas neutrales. Gradualmente la gente volvió a acostarse y Reid y yo tratando de dormimos sobre unos sacos de trigo apilados en la playa, pero fue inútil, y yo, finalmente, logré conseguir unas horas de descanso en el mostrador del bar del hotel, sirviéndome de almohada una frazada que me dio un marinero; cariñoso y decente el prójimo. A la mañana siguiente el capitán Mc

Kechnie me invitó a desayunar en el “Shannon”, así es que, después de dejar a las señoras sin novedad, tomé un bote y el Sr. Milne me proporcionó un buen baño que fue muy bienvenido, pues me encontraba tremendamente sucio sin haberme sacado las ropas por cerca de 60 horas. A la noche siguiente fui con Hawkins a su puesto de avanzada y estaba tan cansado que me dormí un rato en la arena. El frío era la razón por la cual había resuelto tratar de no dormirme, ya que sólo tenía un sobretodo liviano y, si bien al acostarme me sentía suficientemente abrigado, no pasaba mucho tiempo sin que el frío me despertase. Afortunadamente salimos de Ancón el martes, puesto que ya estaba todo tranquilo en Lima y, debo decirlo, me alegró mucho regresar. Los buques neutrales se comportaron maravillosamente y merecen grandes alabanzas y reconocimientos por su conducta pero, de los peruanos, estoy seguro que no recibirán mucho. Yo tuve la suerte de contar con tantos amigos en el “Shannon”, pues todos los días logré subir a bordo, por lo menos por unos pocos minutos. Además, siempre había oficiales en tierra y, desde el capitán D’Arcy hasta los mismos marineros, todos me trataron siempre muy afectuosamente. El domingo, encontrándome a bordo invitado a desayunar con el capitán Mc Kechnie, me quedé al servicio divino y después de bajar a tierra, volví a hacer un paseo en la lancha a vela con Savile y Montgomery, que andaban con unas niñas del buque. Navegábamos por la bahía cuando se nos llamó de regreso porque la noticia de los desertores había recién llegado. Lo divertido es que el domingo anterior, teniendo que quedarme en Ancón por negocios, había navegado en la lancha del “Thethis” y subido a bordo. Debo reconocer que entonces poco me imaginé que a la semana siguiente iba a estar nuevamente en Ancón por las razones conocidas. He relatado lo que estaba sucediendo en Ancón. Lima se encontraba en un estado de gran excitación y las noticias que recibíamos eran sólo fragmentarias. Retrotraeré las cosas al viernes 14, el día siguiente del primer combate. Esa tarde el Cuerpo Diplomático salió al campo de batalla con los Almirantes inglés y francés procurando producir un avenimiento. Ya habían ido dos veces y volvieron por tercera vez en la mañana del sábado consiguiendo arreglar una tregua hasta el sábado a medianoche, primero con Piérola y después con el general Baquedano. Estaban desayunándose en el Cuartel General peruano con Piérola cuando de repente comenzó el tiroteo. Este fue causado por el general Baquedano y su Estado Mayor quienes, al acercarse y quedar al alcance de los peruanos, éstos no pudieron resistir la tentación de dispararles y, por supuesto, de esta manera se inició la batalla. El Cuerpo Diplomático que había ido en tren, tuvo entonces que batirse en retirada a pie por el campo, a fin de salir de la zona de peligro, pero por tres cuartos de hora estuvo bajo fuego. Debe haber sido un espectáculo azas grotesco ver al viejo almirante Stirling, a St. John, el capitán Stephens (“H. M. S Thethis”) y a todos los demás Ministros, saltando las

murallas de adobe y corriendo a campo traviesa, para salvar sus vidas. No hay duda que estuvieron en gran peligro, y tanto es así que a Ancón llegaron rumores que habían perecido el Almirante británico y los Ministros de Italia e Inglaterra. La batalla continuó hasta la tarde y, entonces, como anteriormente, los peruanos se arrancaron y los chilenos quedaron dueños del campo sin que, habiendo podido hacerlo, entraran a Lima esa noche pues, de otra manera, la capital peruana estaría hoy indudablemente hecha una perfecta ruina. La razón por la que no entraron es ahora conocida y arranca su origen del fracaso de las negociaciones de avenimiento. Entonces los Almirantes británico y francés empeñaron su palabra de honor con el Cuerpo Diplomático, el que informó al general Baquedano que si él no garantizaba la propiedad de los neutrales, y los soldados la destruían, la flota neutral inmediatamente destruiría la flota chilena en el Callao; de allí la orden dada al "Shannon" de prepararse para actuar y de estar listos para hacerse a la mar. Que esta amenaza salvó a Lima de ser destruida es indudable, pues si en la noche del sábado los chilenos hubieran perseguido a los peruanos que se retiraban a la ciudad, habría habido luchas callejeras y Lima habría sufrido la misma suerte de Chorrillos, Barranco y Miraflores, las que yo mismo he visto y que se encuentran reducidos a ruinas. Lima, en la noche del sábado, naturalmente fue inundada por soldados peruanos armados y en desorden, y por consiguiente, individuos muy peligrosos. Voy ahora a relatar lo que es un tremendo deshonor para la nación peruana y que creo que sin parangón en los anales de cualquier nación. La noche del sábado pasó tolerablemente tranquila; el domingo se estaba incubando la tormenta y, durante el día, el general Astete trató de hacer una revolución en vista de que el general Suárez deseaba ceder a las condiciones de los chilenos, mientras el primero de los nombrados estaba por continuar la lucha. Trajo 1.500 soldados de Callao, pero no tuvo éxito en su decisión y a las cuatro de la tarde del domingo los soldados peruanos comenzaron el pillaje y saqueo de la ciudad. Wells, Temple y el Sr. Milne (el empleado de Forfar que he mencionado antes y que ha estado viviendo en nuestra casa), como de costumbre, habían ido a comer al "French and English Hotel" y no pudieron abandonar el lugar en razón de las balas que, en gran cantidad pasaban silbando por las calles. Todo el mundo tuvo que quedarse en casa esa noche y lo hicieron —estoy seguro— sin ningún sentimiento agradable en lo concerniente a su seguridad. Los soldados persiguieron principalmente a los pobres chinos, a muchos de los cuales dieron muerte, así como también a algunos almaceneros italianos. La hermosa tienda y casa de Wing on Chongs fue saqueada e incendiada hasta el suelo y, si no hubiera sido por los bomberos, el fuego pudo haberse extendido. La barriada china en el Mercado fue enteramente saqueada e incendiada, junto con una gran porción de toda la manzana. A nuestro vecino de la casa del lado, el Sr. Robert Brown (un gran cliente nuestro) se le

desvalijó enteramente su tienda, afortunadamente, sin quemarla. Se nos contó que se había tratado de forzar nuestra puerta, pero la habíamos bloqueado tan bien, que se la abandonó. Los incendios continuaron durante la noche y los *bomberos*⁹ (firemen) tuvieron que luchar con los soldados para poder extinguirlos, muriendo algunos de ellos, uno de los ingleses y algunos de los italianos. Como el desorden continuaba en la mañana, el Sr. Champon, el Jefe de la *Guardia Urbana*,¹⁰ que se encontraba en el “French and English Hotel”, resolvió tomar cartas en el asunto y dispuso que la *Guardia* saliera. En consecuencia, el mismo, a la cabeza de todos los que estaban en el Hotel, Wells, Temple, Milne y algunos otros que tenían rifles, salieron a llamar a la *Guardia*, incrementando su número con los que se encontraban en las calles, a quienes compelián a incorporarse con sus fusiles, disparándoles a los soldados que todavía mantenían un nutrido tiroteo y cometían depredaciones. De esta manera se sacó a la *Guardia* y se la puso a trabajar fusilando en la forma más deliberada a los soldados, sin demostrar cuartel. La descripción que he obtenido de esto es tremenda. Mataban soldados por docenas y todos los amateurs demostraron una mortífera puntería sin jamás errar el blanco. La *Guardia Italiana*, en la parte baja de la ciudad, mató un gran número, teniendo en un caso que cargar a la bayoneta sufriendo, me parece, la pérdida de algunos de sus hombres. Tobin dirigió una gran fuerza hacia San Cristóbal y tomó posesión de la batería, afortunadamente sin oposición. Esta clase de cosas no fueron del agrado de los soldados, que pronto desaparecieron todos ellos y por la noche la ciudad se encontraba de nuevo tranquila. Ahora bien, ¿se habría imaginado Usted algo semejante? Que la capital peruana fuese saqueada por peruanos mientras se temía que los chilenos realizaran esa parte importante de la guerra moderna. Que bandidos y rufianes fueron. El Sr. Brown me contó que un coronel encabezaba la partida que desvalijó su tienda y que el bribón de Piérola había huido después de la batalla mientras todos los reservistas respetables se habían arrancado a sus casas para ponerse ropas de civiles. Un hombre con autoridad de entre ellos debería haber reagrupado sus fuerzas para defender sus propios hogares y casas, de los ladrones y rufianes. Aparece ahora, entonces, que Lima se salvó de los chilenos gracias a los extranjeros, y de la chusma, gracias también a los extranjeros. Los peruanos, sin embargo, son tan soberbios que estoy seguro, jamás lo reconocerán.

⁹ Nota del editor. En español en el original.

¹⁰ Nota del editor. En español en el original.

21 de Enero.- Con gran acompañamiento fui ayer a visitar los campos de batalla de Miraflores, Chorrillos y Barranco, pero el cuadro era tan espantoso que no intentaré describirlo. Montgomery vino el miércoles de servicio, y cuando lo acompañé a buscar su caballo, tuvo éxito en conseguirme uno para mí también. A las siete de la mañana del día siguiente estábamos a caballo y partimos de la Legación Británica el capitán Stepheas, el capitán Acklan (“H. M. S. Triumph”, Attaché entre los chilenos), Alfred St. John, (el sobrino del Ministro), el teniente Horsely, un médico del “Triumph”, tres oficiales americanos, (uno de ellos Attaché ante los chilenos), Montgomery y yo. Más tarde se nos reunieron el Capitán del “Triumph”, Markham (de ártica notoriedad), el Sr. Brenton (Attaché ante los peruanos) y Ravett, que ha perdido cuanto tenía en Miraflores y que vio allí toda la devastación, el pueblo entero prácticamente destruido. Llegamos a Chorrillos que realmente es un montón de ruinas. Fuimos especialmente a mirar algunas casas, entre ellas la de Fred Ford, en la que se supuso que se encontraba el viejo doctor Mc. Lean cuando encontró la muerte, ya que el anciano inconsciente insistió en quedarse en Chorrillos. Los chilenos fueron atacados al entrar al pueblo así es que inmediatamente se pusieron a destruirlo y el doctor no pudo huir. Hacía muchos años que estaba allí, era el único médico inglés, y lo ocupaban la mayoría de sus compatriotas en Lima. Tenía alrededor de 80 años, conservándose todavía maravillosamente sano y vigoroso, teniendo por costumbre venir a caballo desde Chorrillos dos veces por semana. Los chilenos pueden no tener razón, pero él no debió jamás haber permanecido allí. La vista de Chorrillos era horrible, con muchos cadáveres carbonizados entre las ruinas. Una casa que no había sido quemada, tenía 26 cuerpos hacinados y, arriba en el cerro, en la batería, los cadáveres yacían por montones. De hecho, hay todavía en el campo de batalla cientos de cadáveres insepultos y algunos de ellos se encuentran en el medio y en los bordes de los caminos. En los reductos de Miraflores, la visión era aterradora y, en todos los casos, los cadáveres descompuestos presentan un aspecto horrible. Algunas veces pasábamos frente a algún pobre infeliz cuyo cuerpo estaba quemado a fin de acelerar la descomposición. El número de caballos muertos es muy grande y, por supuesto, el conjunto constituyó un espectáculo tremendo para mí, siendo lo peor el hedor. Entramos al hospital chileno en Chorrillos y no puede darse jamás algo más chocante. Hombres mal atendidos, hombres sin ninguna atención, escasez de los recursos que se necesitaban y un olor espantoso. Como manifestó el médico del “Triumph”, era arriesgar nuestras vidas ir y atender a los heridos allí. Vimos tres hombres juntos muriéndose, uno peruano que nunca podría haber sido curado y que debe haber estado consumiéndose por casi una semana. Todo esto y los campos de batalla le dan a uno la idea de lo que es la guerra y lo

brutos que pueden ser los seres humanos. Voy ahora a tener consideración con sus sentimientos y a no decir más sobre estas escenas tremendas.

Me olvidaba decirle que los chilenos entraron en Lima en la tarde del martes (al día siguiente que los desordenes se aplacaron), en perfecto orden, constituyendo un gran espectáculo. Primero venían los 30 cañones Krupp con todas sus cureñas y servidores de las piezas, después dos regimientos de infantería y, finalmente, tres regimientos de espléndida caballería. Las bandas tocaron música muy tranquila, ninguna canción nacional ni nada que pudiera ofender, y después de marchar alrededor de la plaza, los soldados se fueron tranquilamente a los cuarteles, La bandera chilena se ha izado ahora en el palacio y todo está muy quieto y espero que los soldados serán embarcados muy pronto de regreso. Respecto de Callao, los peruanos estaban resueltos a que los chilenos no capturaran ningún buque o cañones. De ahí pues que ellos incendiaran “La Unión”, “El Rímac” y toda su pequeña flota, volaran los fuertes y destruyeran los cañones. Allí también los soldados cometieron algunos actos de pillaje e incendios pero, en general, la ciudad no ha sido dañada. Como Callao, sin embargo, ha sido declarado abierto, a su debido tiempo Lima recuperará su vieja apariencia y los habitantes del puerto volverán con gusto a sus hogares. Sin duda, la Pacific Steam Navigation Co., establecerá pronto allí nuevamente su cuartel general, tal como antes.

Entretanto, he conocido gran número de gente muy decente entre los oficiales del “Thethis” y entre otros al teniente Dixon, hijo del Sr. Dixon de Arbrought quien, por supuesto, conoce a muchas personas que yo conozco; los Scotos, Gordons de Ashludie, Guthries de Carlogie, etc., etc. Tuvimos una larga conversación sobre todo el mundo, pudiendo yo decirle que conocía a su padre, aunque sólo de vista, y que mi padre lo conocía bien. También le mencioné el triste y fatal accidente de su tío en Francia, del cual frecuentemente he oído hablar a mi padre. El también se refirió a Mias Pooris, de Carnoustie, de quien, a menudo, he oído hablar y, en general, fue muy agradable toparse con Dixon que es una buena persona integral. Entiendo que es casado.

Resultó gracioso que un subteniente llamado Austen, que había estado en Bombay, me hablara del lugar y mencionara a todas las personas que Jack conoce allí, siendo Wyer uno de los primeros. No me parece que haya visto a Jack, por lo menos no conoció a alguien de ese nombre, y no me pude acordar cuando anduvo Jack por Bombay. Austen estuvo allí en 1877. Es tal como yo lo he sospechado al comparar Austen esta parte del mundo con Bombay, encuentra que Perú y la costa occidental son lugares miserables para venir, excepción hecha de los negocios, y por su descripción, así como también por la de nuestro propio hermano, las Indias Orientales son mucho más acogedoras

que Sud América. Muchos oficiales navales que se encuentran aquí han estado también en China y Japón y encuentran dichos lugares mucho mejores. En realidad, no me he encontrado con nadie que guste de estos parajes, y así como ya me formé criterio desde el comienzo, ellos encuentran una clase diferente (o más bien indiferente) de hombre aquí. Dixon me contó la muerte repentina de Sra. Guthrie de la que nada había oído.

Ahora voy a detenerme por un tiempo y en vista de que aún no se sabe cuando sale la correspondencia, lo más probable es que más adelante agregue algo más. Como desde el 2 no se reciben noticias de la casa, confío en que un correo llegará pronto, pero, naturalmente, todo está aquí patas para arriba. Por lo que he oído estoy casi seguro de que debe haberse producido un largo espacio de tiempo durante el cual no debe haber recibido Usted noticias mías, sin embargo, espero que la P. S. N. Co. renueve las antiguas facilidades y me permita reanudar mi hoja semanal.

Me temo que el viaje a Ancón con sólo minutos de aviso previo este domingo, haya sido causa de que perdiera un correo. Me atrevo a decir que deben haber quedado extraviados en el "Thethis" con mi llegada sin una pulgada de equipaje, pero Hersley, amablemente me dio un par de pijamas que sacó de su propio camarote, con lo que resolví el problema. Aún cuando no apareció el vapor de la P. S. N. Co. que había ido a encontrar, no me atreví a quedarme una noche más a bordo. Por fortuna, el "Shannon" llegó desde Callao el lunes por la tarde e inmediatamente subí a bordo a ver a todos los amigos, los que me recibieron tan cordialmente, que tuve el atrevimiento de decirles que sería conveniente que me quedara a bordo una noche. El vapor apareció en la tarde y, cuando volví a Lima el martes lo hice con la cara como langosta cocida y fui aquí el hazme reír de todos, a medida que mi cara se iba despellejando, lo mismo que la de Woodsend. Nuevamente se me ha puesto igual con la cabalgata del jueves por los campos de batalla. Sin embargo, a mi nada me importa.

Mañana del martes 25 de Enero.- Acabo de llegar a Lima, después de haber alojado en el "Shannon". Savile muy afectuosamente me invitó a cenar con él anoche. Comió con nosotros un oficial de la Marina chilena, llamado Silva, le fui presentado como un gran peruanófilo, aún cuando soy ahora un chileno completo. Cosa curiosa, él es el oficial que abordó el "Islay" cuando yo viajaba por la costa hacia el Sur y el que examinó con tanta desconfianza mi saco de palos de golf. Le reconocí inmediatamente y él también manifestó haberme visto antes, recordando después, sin demora, las circunstancias. Me invitó amablemente a visitar el "O'Higgins" lo que probablemente haré algún día.

Anoche también jugué a las cartas¹¹ lo que me hizo recordar las tardes hogareñas de invierno en las que tanto jugábamos. Temo estarme enmoheciendo mucho por la falta de práctica, pues los juegos en casa de los Dawson son sólo chacota. Averigüé que Hawkins conoció a Sandham, el que murió en Zululand, pues estuvo en el colegio con él.

El correo ha llegado a Lima y está en el Palacio, pero no sabría decir cuando recibiremos las cartas. Los chilenos mandaron a buscar a la oficina de correos al antiguo Jefe de Correos, para que rompiera los sellos, a fin de poder sacar las cartas y repartirlas. Este se negó a ir, pero confío en que pronto arribarán a algún acuerdo. Hace algunos días que llegó el paquete por intermedio de la Legación, pero nada había en él para mí. En los buques de guerra todos han recibido sus cartas y periódicos. El "Panama Star and Herald", recién recibido en el "Shannon" cuenta de todo menos buenas noticias de Irlanda y que han enviado 5.000 soldados para allá. Irlanda parece estar tan mal como Perú. Sin embargo espero que pronto podamos recibir de allí noticias sobre tiempos más pacíficos. El "Shannon" va mañana con el correo a Chimbote, de manera que en él enviaremos nuestros paquetes. Supongo que ya deberé reanudar mi trabajo de correspondencia, de manera que finalizaré esta, confiando en que no la molestaré con este desmesurado documento que, si Ud., quiere, puede mostrarlo. Cuando les escriba a otros amigos abreviaré mucho mis observaciones sobre la cuestión chileno-peruana. Todo permanece en calma bajo el dominio chileno y lentamente reinician sus actividades. El cambio ha subido hasta $3 - \frac{1}{2}$.

Con mucho cariño para todos en casa,

Créame, Madre, su siempre afectísimo hijo.

Robert R. Sturrock.

¹¹ Nota del editor. El original dice "Rubber at whist", frase que se refiere a un juego de cartas entre dos equipos cuyo objetivo es juntar más barajas que el adversario.